

El visitante

Vilma H. Fuentes

Porque para ti, como para aquellos que ya han muerto, fue evidente que la fuerza de la impresión sufrida sólo podría permitirles recordar algún rasgo de la escena presenciada y las personales sensaciones —sería absurdo hablar de pensamientos, pues ninguno pudo haberlos tenido en aquellos instantes— de cada uno de los reunidos en ese lugar, ese día.

Sin embargo, ahora que posees la narración precisa de los que pudieron ver y oír los que te acompañaban; ahora que has asimilado con exactitud cada palabra pronunciada a tus oídos, dicha únicamente para ti: estás en la posibilidad de reconstruir lo que se vivió por los hoy muertos aquel atardecer lluvioso.

Porque como has dicho, aunque todavía la luz del sol delineaba los contornos, el propio sol no aparecía ya ante la vista de los que se reunieron contigo y no se ocuparon de seguir las huellas luminosas que comenzaban a desaparecer por el paso del tiempo y la presencia de las gigantescas nubes cuyo control sorprendía al fijar un poco la atención en la caída de pequeñas y silenciosas gotas que parecían evitar tocar otra cosa que no fuera el suelo hecho de polvo y tierra.

Y si ahora es posible que tú sepas —y hasta creas recordar— la hora del día en que se reunieron y el estado del tiempo que había, es por la necesidad de reconstruir el escenario —aun a base de meras suposiciones— tan idénticamente al verdadero como sea posible lograrlo.

Los nombres de las personas que te acompañaban están ya anotados y las características con que tú los has descrito coinciden perfectamente con las de los desaparecidos. Ahora, solamente falta que tú nos digas cómo era la habitación en que se encontraban, cuáles fueron las palabras que se pronunciaron ahí y cuáles fueron los movimientos de cada uno de ellos en aquel momento. Después, podrás decir qué fue lo que provocó todo esto.

Debes hacerlo con cuidado y detenimiento. Debes evitar las suposiciones y limitarte exclusivamente a lo que te dijeron y a lo que pudiste observar. Para esto, será necesario que abandones todas tus facultades de razonamiento y te concentres únicamente en tu memoria; no intentes imaginar ni analizar, sólo debes rehacer ese cuadro que viviste con ellos.

Tal como se presenta la situación (un cuarto sin ventilación ni alumbrado; siete personas de pie, dos de las cuales se inclinan a sostenerse con la pierna derecha, cuatro con la izquierda y uno equilibra su

peso sobre las dos; trece manos pues una permanece invisible a los ojos de todos que se recogen hacia el pecho, pero que en ese instante se encuentran a diferentes alturas del cuerpo con los dedos separados por el estupor; etcétera) se hace ahora necesario que no vaciles, que no trates de eludir la verdad, que digas quién era esa séptima persona cuya presencia se desconocía y cuál fue su actuación aquella tarde ligeramente empañada por la lluvia.

Pues, aunque es claro que has mentido en la ubicación del lugar de reunión y en otros varios detalles (como el vacío del cuarto, la falta de luz y aire, la posición de las personas), es evidente que fueron siete las que estuvieron en algún sitio desconocido ese día. Y también es cierto que algo hubo que motivó el desconcierto entre todos los reunidos y que ese algo fue provocado por esa séptima persona de quien nada se sabe.

Y hablas convulsivamente de una comparación que no se te ha pedido, puesto que se te ordenó dedicarte únicamente a recordar. Si aquella mujer, u hombre, se limitaba también a recordar, dilo; pero abstente de hacer analogías entre tu situación y la suya.

Porque ahora apenas comienza el día y la luz es tan blanca que deslumbra tus ojos y empequeñece tus pupilas; porque ahora no hay lluvia alguna que te impida delinear los contornos de una posible escena imaginada; porque la claridad del amanecer contiguo a la noche en vela, te permite saber de la ínfima diferencia que hay entre tu espíritu alucinado de aquella tarde y la lucidez que se te concede en la vigilia de la noche transformada en día.

Calla y centra de nuevo tu atención en ese cuadro que tienes siempre presente y que sólo podrías olvidar al comunicarlo a otros que lo deformarían hasta hacértelo irreconocible, hasta transformarlo en una realidad enteramente distinta, pero que tú llegarías a creer con el tiempo. Habla, di lo que viste, revive esa escena inmóvil y deja pasar las horas sobre tu cuerpo y sobre tu memoria petrificada por la vigilia total que viviste por alguna extraña causa.

Porque tú no puedes sucumbir ante esa presencia, por absoluta que hubiera sido. Tú no puedes prolongarte eternamente en un recuerdo cifrado y del que desconoces muchos rasgos. Porque esa séptima persona profetizaba, preveía. No es cierto que se dedicara a recordar, como tú pretendes creer y hacer creer.

Porque es totalmente cierto lo que tú dijiste. El esquema de un dios indeciso que deja el fluir del tiempo sin dirección, ya ha sido comprobado. La confusión fue malignamente iniciada, pero ahora ya es imposible que no se entiendan la diferencia entre predecir y recordar.

Porque tú mismo has dicho que esa escena nunca fue vivida por nadie y, sin embargo, sólo en ella piensas, sólo de esa presencia vives. Porque es mejor que calles para que sean desechadas tantas posibilidades que pudieran tener realidad aunque no fuera sino en tu inconcebible memoria fotográfica.

